

Ilmo Sr. Alcalde. Sr. Secretario. Concejales de esta corporación municipal. Señoras y Señores. Amigos todos.

Mis primeras palabras van a ser para contarles una anécdota que le ocurrió a D. Miguel de Unanuno con motivo de una distinción que le concedió el rey Alfonso XIII. En su turno de réplica, D. Miguel dijo: "Muchas gracias Majestad por la distinción que tan merecidamente me habéis concedido". Al terminar el acto, en un aparte que hizo el rey con D. Miguel, le preguntó, por resultar extraño, por qué había dicho lo de tan merecidamente, cuando todo el mundo decía: "Gracias por la distinción que tan inmerecidamente me habéis concedido". Con total naturalidad, D. Miguel le contestó: "Y dicen bien, Majestad". Creo que esta sería la contestación en mi caso.

Aunque temperamentalmente parecen estar algo alejados entre sí los castellanos y andaluces, hay un no sé qué de armonía entre sus psicologías, que encajan a la perfección, haciendo posible, por ejemplo, que el

manchego que les habla haya echado raíces en Carmona.

2/

No imaginan lo que he aprendido de ella en todos estos años de convivencia y de enseñanza como profesor, hasta tal punto, de sentirla como mía. Por todo ello, perdónenme que haga una mención especial a mis antiguos alumnos. Personas de una categoría humana extraordinaria, algunos de ellos aquí presentes, con unos afanes por ser algo en la vida que era verdaderamente admirable. Me hace gracia la matraca que traen últimamente con que las nuevas generaciones están mejor preparadas que las anteriores. Me parece una afirmación desmesurada y falsa. Las generaciones pasadas, aquellos hombres y mujeres, año tras año, superaban ampliamente a las actuales, pues tenían una formación excelente en materias troncales y, además, una sólida formación tecnológica fundamental para su posterior desarrollo académico y humano. Y todo ello, no se olvide, con unas carencias hoy impensables. Les tengo, por qué no decirlo, un cariño

extraordinario, hasta tal punto que no me canso de repetir que son como de mi familia. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que jamás tuve problemas serios con ellos. Supongo que el secreto estuvo en las palabras pronunciadas y recalcadas por el Rector de la Universidad de Sevilla, cuando alguna

3/

que otra vez me llamaba para examinar en selectividad: “Sr. Pinaglia, yo empecé siendo Sancho el Bravo, luego Sancho el Fuerte y ahora Sancho Panza. Creo que usted, sinceramente, fue siempre el último, Sancho Panza, porque tiende a subir la nota a los que están muy cerquita del aprobado”. No me arrepentí jamás de aquello, sobre todo, al escuchar de boca del bueno de D. Francisco Márquez, cura párroco de Santa María, lo siguiente: “Lo malo no es suspender, sino suspender injustamente”. Y es que, queridos amigos, sin falsa demagogia, quién no iba a sentir la necesidad de ayudar a tantos alumnos, muchos de ellos pertenecientes a familias necesitadas, que sólo contaban con la formación académica como tabla de posible

solución, cuando, además, no se perjudicaba a nadie y su esfuerzo les podría llevar a una vida más decorosa. Ahora bien, que no piense nadie que esta filosofía suponía adoptar una postura cómoda ante la enseñanza. Rotundamente no, dado que los primeros profesores que llegamos al centro “Maese Rodrigo” traíamos unas enormes ilusiones de que Carmona alcanzara un alto grado cultural y de que sus jóvenes, cómo no, superaran el terrible grado de ignorancia en que estaban sumidos. Ni como profesor ni

4/

como director del Instituto menosprecié el mérito o desdeñé la excelencia y el esfuerzo de todos mis alumnos. De ello, en honor a la verdad, me siento orgulloso. Aún más, si cabe, porque en los años ochenta y noventa del siglo pasado, el Instituto “Maese Rodrigo” fue un claro referente en el mundo académico por ser uno de los mejores centros educativos de la provincia sevillana.

Creo que los andaluces importados como yo, tenemos, además, una clara ventaja para contar y cantar la hermosura de estas tierras.

La causa seguramente radica en nuestra capacidad de asombro, ante personas y cosas, cuya contemplación, muchas veces, pasa inadvertida a los andaluces nativos. A mí, en cambio, nada de aquí, de su gente, de sus problemas sociales, económicos o culturales me ha sido ajeno. Muchos, por responsabilidad, los hice propios para intentar conseguir el fin deseado.

Parece que fue ayer, hoy 62 años, cuando por primera vez contemplé la hermosura de Carmona. Bendita ciudad, a la que llegué por decisión episcopal, ya que mi destino estaba en Écija. Pero fray Albino, obispo de Córdoba, se metió por medio y alteró felizmente esta designación.

5/

Llegué con intención de pasar un sólo curso en el Instituto Laboral “Maese Rodrigo”, pues me esperaba, después, el de Manzanares. El destino jugó sus cartas y el amor se interpuso en mi camino. A los ocho meses de mi llegada me casé. De aquí son mis hijos y andaluces

mis nietos. Y de eso, que conste, presumo día a día.

A partir de ahí, el afecto, la amistad, el compromiso y el respeto a todos, marcó, sin duda, mi magisterio público durante 45 años. A la larga, parece, que estas reglas fundamentales han dado sus frutos. Lo acontecido aquí, en este Salón de Plenos del Excmo. Ayuntamiento lo certifica. Por ello, no lo duden, faltarán días y palabras de gratitud a Carmona por la acogida dispensada desde entonces. Cómo no recordar mis tertulias de antaño en el Casino, en Chacón, en Becerra, en el Potro, con mis buenos amigos charlando muchas de las veces de enseñanza, de mis experiencias, de todo lo que me parecía sorprendente en mis clases. Y, cómo no hacerlo, igualmente, con las que mantengo en el “café San Pedro”, con personas sencillas, de trato afable y con antiguos alumnos a los que escucho y admiro por sus logros conseguidos. ¿Qué más puedo pedir cuando me hablan de sus andanzas profesionales, de sus retos, o cómo de

sus compromisos, en sus ratos libres, con las distintas peñas, asociaciones, clubes deportivos o hermandades de esta ciudad? Sólo cabe el orgullo y el elogio.

Tomo conciencia, bien lo sabe Dios, de las palabras pronunciadas por Ramón Gavira en su detallada exposición; de las de Eduardo Rodríguez, de María del Carmen González, de Encarnación Milla y, por supuesto, de Alberto Sanromán. Palabras, exageradas sin duda, dado el cariño que me profesan y palabras, igualmente, que son la voz de todos aquellos que particular o colectivamente han solicitado este reconocimiento a mi humilde persona. Gracias de corazón, porque hacéis felices a un manchego que intentó, creo, dar lo mejor de sí para mayor gloria de esta ciudad.

Que la patrona, la Santísima Virgen de Gracia, en un año tan especial, siga intercediendo por nosotros y vele para que nuestros sueños sigan siendo realidad. El mío, hoy, lo ha hecho posible.

Gracias.

CARMONA 9 DE
MAYO DE 2015.-

